

22. Un corazón vacío y abierto

La Regla de san Benito está toda ella empapada de la conciencia de que si no nos convertimos para tener el sentido de las cosas de Dios, no somos verdaderamente monjes, no vivimos de verdad nuestra vocación. Y la consecuencia de esto es que no somos felices, que la vocación no nos llena de alegría, porque no da sentido a nuestra vida. Os recuerdo la pregunta que me planteaba al comienzo, pensando en nuestro Fr. David: “¿Qué sentido da la vocación monástica a la vida humana? ¿Y qué sentido da la vida humana a la vida monástica?”.

Así pues, pienso que la vocación monástica es un regalo de Dios a la Iglesia para ayudar a todos, a nosotros los primeros, a vivir la vida humana con el sentido de Dios, pensando en las cosas de Dios, así como Cristo muerto y resucitado por nosotros lo hace posible. La vida monástica debería ser para nosotros y para todos un “recordatorio” que hace pensar en el sentido y en el valor que la vida humana tiene según Dios y no solo según los hombres.

Por esto, la tarea prioritaria de los monjes es la memoria de Cristo muerto y resucitado, del Cristo pascual, una memoria que penetre toda la vida, todo el tiempo, todas las actividades humanas, todas las dimensiones de la vida humana. Esto es lo que quiere la Regla de san Benito, esto es lo que pide, esto es para lo que educa, día tras día, en cada instante y parcela de la vida. No somos monjes por lo que tenemos de diferente de los demás, por lo que somos de “alternativo” para la vida de todos, y aún menos para ser o sentirnos mejores que los demás, sino por lo que estamos llamados a tener encendido en el corazón de la vida humana, que vivimos como el resto de 7,5 miles de millones de seres humanos que en este momento viven en la tierra, respiran, piensan, tienen sentimientos, aman, desean, gozan o sufren.

Ciertamente, vivir en un monasterio conlleva normalmente unas elecciones particulares, que la mayor parte de los hombres y de las mujeres no están llamados a hacer. Pero son elecciones que tienen como fin el darnos una disciplina y una libertad, incluso a través del sacrificio, necesarias para poder cultivar como prioridad lo que da sentido a la vida de cada uno, lo que permite a cada ser humano vivir conforme a Dios y no conforme a los hombres o al mundo. Todo en nuestra vocación, al menos todo lo que respecta al espíritu y el carisma de la Regla de san Benito, es para ayudarnos a tener encendida, y a volver a encender y alimentar siempre de nuevo, la llama de una memoria del misterio de Cristo muerto y resucitado, de Cristo Redentor del hombre, que llena la vida humana de sentido.

Indicar esto en la Regla implicaría que el Curso durase al menos otros diez años... Pero creo haber insistido bastante en esto tanto en los Capítulos, como en las conferencias o cartas anteriores, como continuaré a hacerlo en el futuro, si Dios me lo concede.

Si leemos con atención la Regla, vemos que en cada capítulo nos pide una conversión del “pensar como los hombres” a “pensar como Dios”. Cada aspecto de

la vida humana es afrontado por san Benito iluminándolo con la luz nueva del Evangelio, de los Salmos, de toda la palabra de Dios, y con la luz de la palabra de la Iglesia, de la tradición patrística y monástica. Se siente que, frente a todas las cosas, san Benito verdaderamente está preocupado por ayudarnos a juzgar y a gustar nuestra humanidad en el modo nuevo que Cristo Redentor nos ha revelado encarnándose, viviendo, muriendo y resucitando por nosotros. Y la primera realidad que recibe una luz nueva por la venida de Cristo, por la Pascua, por la Redención, somos nosotros mismos, nuestro “yo”.

Sería suficiente el capítulo 7 de la humildad para mostrar la enorme novedad sobre uno mismo que Cristo ha traído al mundo y que la vida monástica desea educar en nosotros y ayudarnos a vivir. Porque el gran cambio de una persona, como he intentado mostrar en los capítulos precedentes, es precisamente el de la concepción de uno mismo. Una concepción de uno mismo determinada por el orgullo, por la vanidad, una concepción de uno mismo narcisista o ávida y concupiscente, una concepción de uno mismo farisaica, o clerical, o trepadora, etc., determina negativamente toda la vida, mucho más que las circunstancias exteriores o lo que puedan hacernos los demás. En efecto, la Iglesia, y en especial las Órdenes religiosas han sido siempre arruinadas más por los vicios de sus miembros que por las persecuciones. Pero lo mismo vale en sentido positivo: cuando se vive, o al menos se desea, una concepción de uno mismo transformada por la gracia, por el Evangelio, por el encuentro con Jesús, toda la vida irradia esta luz, esta belleza, esta novedad.

No hay nada más triste que una persona que abraza una vocación como la monástica – que de por sí estaría toda consagrada a pensar en uno mismo y en todo según Dios y no según los hombres – viviéndola con una concepción de uno mismo determinada por valores mundanos, por el orgullo, por la vanidad, etc. Ciertamente, somos todos pecadores, y para renunciar a este *phronein* mundano necesitamos convertirnos durante toda nuestra vida. Pero es triste ver que con frecuencia no se acepta vivir nuestra vocación permitiendo a la luz de Cristo revelarnos a nosotros mismos, manifestar nuestras sombras, nuestra mezquindad, de hacernos conscientes de esto y, por lo tanto, contritos y deseosos de conversión.

Muchas obras de san Bernardo, y de otros padres y madres de la vida monástica, están consagradas precisamente a ayudarnos a tomar conciencia de la concepción desordenada que tenemos de nosotros mismos y, por lo tanto, de nuestra vida y vocación, y acompañarnos para acoger una luz diferente, nueva, verdadera, que después permita a la gracia de Dios transformar nuestra vida e incluso a las personas que están a nuestro alrededor.

Cuando san Pablo escribe a los Filipenses invitándoles a tener en ellos “los mismos sentimientos de Cristo Jesús” (Flp 2,5), seguidamente, como decía, describe la concepción humilde que Jesús tenía de sí mismo, y cómo esta concepción determinó su vida humana: “Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos” (Flp 2,6-7).

San Benito nos quiere acompañar precisamente para tener este sentido de nosotros mismos y de la vida, que es ciertamente según Dios, porque es lo que Dios expresó con todo su ser haciéndose hombre y muriendo por nosotros. Quien acoge esta luz en el sentido de sí mismo y de la vida, comprende que el secreto de la vida nueva que Cristo nos transmite está justamente en el “vaciar de sí mismo”, en la *kenosis* que Jesús eligió y encarnó hasta la muerte en Cruz, para permitir al Padre el exaltarlo (cfr. Flp 2,9).

Que la vida humana, que la identidad de una persona, encuentre su cumplimiento, su plenitud, en este *vaciamiento de sí* es la gran paradoja cristiana. La paradoja cristiana es que el secreto de la plenitud del yo humano es un *corazón vacío* que se deja llenar por Dios. Es lo que san Benito sugiere desde el Prólogo de la Regla cuando dice que cuánto más se progresa en la vida monástica más “se corre por el camino de los mandamientos del Señor con el corazón dilatado [*dilatato corde*] por la dulzura inefable del amor” (RB Pról. 49). Un corazón dilatado es un corazón vacío que se deja llenar por un amor más grande que el de uno mismo, que se deja llenar por el amor de Dios, por el Espíritu Santo. Y esta es la nueva concepción de uno mismo, el yo nuevo, redimido, que el encuentro con Cristo y el camino tras Él hace posible.

En la carta a los Colosenses, san Pablo habla de aquel que, rechazando la salvación como gracia, está “hinchado de orgullo por su mente carnal” (Col 2,18). Un corazón hinchado de orgullo no es un corazón dilatado. El corazón hinchado está lleno solo de sí mismo, de vanidad. Y la vanidad es un vacío cerrado. Es como el aire que hincha un balón. Sin embargo, el corazón dilatado por el amor es un corazón que se ensancha, que está todo él abierto para dar espacio al amor, a la alegría, al encuentro con el otro. No se infla con lo que emana de sí mismo, sino que se llena de todo lo que recibe, de lo que acoge y de lo que da para llenarse aún más. El corazón humano es un bellissimo símbolo del amor, porque el corazón funciona y vive llenándose y vaciándose constantemente. Y este “ejercicio” constante de llenarse y de vaciarse, de llenarse para vaciarse y de vaciarse para llenarse, es el que lo dilata, el que lo hace cada vez más capaz de dar vida al cuerpo, de hacer *correr*, como dice san Benito, “por el camino de los mandamientos del Señor” (RB Pról 49), es decir, en el seguimiento de Cristo y de su caridad.

Jesús ha vivido vaciándose continuamente de Sí mismo para llenarse de todo lo que el Padre le daba, sobre todo para llenarse del amor del Padre, del don del Espíritu Santo. Tener los mismos sentimientos de Cristo, tener el mismo *phronein*, el mismo sentido de las cosas de Dios que tenía Jesús, quiere también decir para nosotros cultivar una libertad de corazón ante todo lo que no es de Dios para llenarse de todo lo que es Suyo, y lo que es por excelencia “de Dios” es el amor, la caridad, el vaciarse de uno mismo para amar a los demás, la comunión fraterna. ¿Qué puede ser más “según Dios”, y según un Dios que es Padre, que el amor fraterno?